

Europa. ¿Una realidad contemporánea o una noción ancestral?

Danay Ramos Ruiz

Doctora en Ciencias Históricas. Profesora de Historia General. Facultad de Filosofía, Historia y Sociología. Universidad de La Habana.

Email: danay@ffh.uh.cu

Liliana Fernández Mollinedo

Master en Historia Contemporánea y Relaciones Internacionales. Profesora principal de Historia General. Universidad de La Habana.

Email: lfernannm@ffh.uh.cu

Lizandra Carvajal García

Licenciada en Historia. Profesora de Historia General. Universidad de La Habana.

Email: lizandra@ffh.uh.cu

Maitée Pérez Javier

Licenciada en Historia. Profesora de Historia General. Universidad de la Habana.

Email: susanahpla@ffh.uh.cu

Resumen: Desde la Antigüedad, el vocablo “Europa”, conjuntamente con una connotación mítica, fue asimilado a una noción territorial para delimitar el espacio habitado por una comunidad humana. Se trata de una concepción geoespacial que se ha ampliado o disminuido, atendiendo a las diferentes épocas históricas por las que ha transitado. Durante la Edad Media, las implicaciones identitarias del término fueron personificadas por la idea de la “cristiandad”, una mirada que perduró hasta que los viajes de descubrimiento, el Renacimiento y el cisma religioso provocado por la Reforma, quebrantaron dicha visión universalista y permitieron el rescate de la *identidad* europea. La Época Moderna se convirtió en el escenario de los primeros pasos en torno a la agrupación de naciones. Sin embargo, no fue hasta después de la Segunda Guerra Mundial, que la definición de Europa se institucionalizó, a través de la Comunidad Económica Europea y que, siguiendo una *evolución* caracterizada por avances y retrocesos, tuvo como resultado el surgimiento de la Unión Europea, un concepto que se adaptó al nuevo contexto y que respondía a los intereses geoestratégicos de la región, al permitir la entrada de los países ex socialistas de Europa Oriental en el proceso de *integración*.

Palabras clave: Europa · Integración · Evolución · Identidad

Europe. A contemporary reality or an ancestral notion?

Abstract: Since ancient times a mythical connotation was given to the word “Europe”, together with a territorial significance to delimit the space inhabited by a particular human community. It is a geo-spatial conception that has widened or narrowed, according to the different historical periods it has gone through. During the Middle Age, Christianity embodied the identity meanings of the expression, a perception lasting until the Discovery journeys, the Renaissance and the religious schism provoked by the Reform broke it and allowed to rescue the European *identity*. Modern times became the scenario for the first steps in grouping nations together. However, it was only after World War II that the definition of Europe became institutionalized through the creation of the European Economic Community. As a result of an *evolution* including forward and backward moves, in 1992 the EEC transformed into the European Union, more adapted to the new world context and responding to the geo-strategic interests of the region by incorporating Eastern Europe’s former socialist countries to the *integration* process.

Keywords: Europe · Integration · Evolution · Identity

INTRODUCCIÓN

Europa –desde el punto de vista conceptual e histórico– se ha proyectado lentamente en el tiempo, como un espacio geográfico y cultural que no ha detenido su avance hacia su conformación como unidad. El nacimiento de una idea primero, y una realidad después, ha tenido una larga tradición que busca su anclaje en un mito originario hasta constituirse en un proyecto comunitario, hoy ineludible. Este artículo bosqueja este itinerario –azaroso por momentos y otras veces más estable– que ha tenido Europa como idea y proyecto, desde sus tiempos primigenios hasta hoy.

DESARROLLO

DEL RAPTO MITOLÓGICO A LA IDEA DE EUROPA

Desde la Antigüedad el vocablo Europa se ha vinculado con dos realidades: el espacio geográfico y la figura mítica, perspectivas que en ocasiones se han entrelazado. El nombre de Europa, en griego clásico, podía designar a un territorio geográfico de límites imprecisos o aludir a una bella y mitológica princesa asiática. Esta dualidad de referencias está registrada desde los grandes autores griegos y romanos, luego ha sido perpetuada por la literatura y las artes hasta la actualidad.

La primera referencia conocida del término Europa aparece recogida en el llamado *Himno homérico a Apolo*, una composición poética del siglo VIII a. C. donde se narra la vida del dios olímpico. Según un fragmento del poema, Apolo pronunció por primera vez ese nombre cuando fundó su prestigioso templo y oráculo de Delfos, entendido como el centro del mundo para los griegos. Este se refería específicamente al territorio de la Grecia continental central y septentrional y, con ello, se diferenciaba de la región de la Península del Peloponeso y de las numerosas islas de los mares Egeo y Adriático:

Aquí mismo [Delfos] pienso procurarme un templo hermosísimo, como oráculo para los hombres que por

siempre traerán aquí hecatombes perfectas [ofrendas sacrificiales], ya sea cuantos habitan el fértil Peloponeso, ya cuantos habitan Europa y en las islas ceñidas por las corrientes. (Pajares, 1988, p. 117)

La versión más conocida del mito de Europa quedó recogida en las *Odas* III 25-76 de Horacio y en la *Metamorfosis* II 833-875 de Ovidio. En ellos Europa era hija del rey de Fenicia, Agenor, y hermana de Cadmo¹. Poseedora de una belleza deslumbrante, Zeus la vio y decidió raptarla. Para lograr su objetivo, se transformó en toro blanco y se dirigió a una pradera cercana al mar, donde la princesa se divertía jugando con sus compañeras. Rápidamente la gracia del toro y su aparente docilidad atrajeron las miradas de las doncellas fenicias. Europa cautivada por el manso animal, acarició su cuello y se atrevió a sentarse sobre su lomo. En ese instante el toro comenzó a galopar velozmente en dirección al mar y se lanzó al agua. Europa, gritaba de espanto, tendía sus brazos hacia la ribera y se estremecía al ver cómo las olas se abrían a su paso. Así fue llevada a Creta y cuando tocó tierra firme comenzó a lamentar su suerte y a desear la muerte. Entonces Afrodita y Eros, que observaban a la muchacha, le dijeron que no renegara de su destino, pues había sido escogida como una de las esposas del gran Zeus. En la isla mediterránea el dios abandonó su forma animal y se desposó con la virginal doncella. La pareja tuvo tres hijos: Minos, Radamantis y Sarpedón. Cuando Zeus se cansó de Europa, decidió entregarla como esposa al rey de Creta, Asterión, que adoptó a los hijos de la princesa y escogió como heredero del trono a Minos, el mayor de los hermanos. El toro en que Zeus se había transformado para raptar a Europa fue convertido en la constelación Tauro y ubicado entre los signos astrológicos del Zodíaco.

Aunque otras versiones diferían en torno a la historia principal, la mayoría coincidían en la procedencia asiática de Europa y no griega. Algunas genealogías la mostraban como la hija de Fénix (el epónimo de Fenicia) y de Tiro, por la ciudad de igual nombre. Mientras para otras era una egipcia, hija de Nilo (apelativo del río) que se desposó con Dánao hermana de Egipto y se convirtió en la madre de las Danaides. Por otro lado, autores como Píndaro (*Pítica* 4,44 -47), Apolonio de Rodas (*Argonáuticas* I, 179-184) e Higino (*Fábulas* 14,15) ci-

¹ Cadmo: En la mitología griega es hijo de Telefasa y de Agenor. Fue el fundador de Cadmea, que posteriormente se

convirtió en Tebas. Se le atribuye la introducción del alfabeto, el arado, la fundición de metales y la agricultura.

taban a otra Europa, hija del gigante Ticio y progenitora, junto con Poseidón, de Eufemo, uno de los argonautas.

Se han difundido otras versiones en las que Europa aparecía relacionada con la eponimia de un territorio. En un escolio de los *Persas* de Esquilo se refiere un pasaje de Andrón (escrito en el siglo IV a.C.) donde Europa era la hija de Océano y Tetis, y hermana de Asia, nombres que coincidían con las denominaciones dadas a los continentes. También Horacio señaló la conexión entre el apelativo de la princesa y el del continente, al recoger la tradición greco-latina, según la cual, la engañada princesa logró que Zeus, en compensación por el deshonesto rapto, otorgase su nombre a las tierras extranjeras a las que había sido trasladada. (González, 2004)

Las interpretaciones sobre el sentido del mito son varias y no siempre armónicas o concordantes. Para algunos autores, el rapto de Europa por Zeus, disfrazado de toro, era una fábula que encubría un rapto más terrenal; tratándose de una alegoría al perpetrado por comerciantes de Creta en la costa asiática de Fenicia, quienes apresaron a una joven de belleza cautivadora para ofrecerla como regalo a su rey Asterión. Su barco portaba en la proa una escultura de un toro blanco, y ello dio origen a la leyenda del dios metamorfoseado en toro albino que huía por el mar con su codiciada y virginal presa. Según otros, ese rapto mítico primigenio era una representación, también simbólica, de la creciente enemistad y habitual tensión entre griegos y asiáticos, que habría de conducir a las Guerras Médicas en el siglo V a. C.

Durante la Edad Media, la interpretación del mito de Europa estuvo muy influenciada por la cosmovisión religiosa del cristianismo, la que sincretizó, con el tiempo, el mito pagano y lo adaptó a las nuevas exigencias. Bajo esta fórmula, el relato constituía una alegoría en la que Zeus devenía en Jesucristo -encarnado en toro y portador del alma humana (representada por la virginal Europa).

En la contemporaneidad varios autores se manifiestan a favor de establecer una relación entre el rapto de la princesa asiática con el propio devenir de la civilización humana, al conectar el relato con los nexos culturales entre el Oriente y el Occidente. Bajo esta lógica, el Cercano Oriente fue el espacio en el que florecieron

las primeras civilizaciones urbanas y alfabetizadas, cuyos aportes culturales y científicos se extendieron posteriormente a Europa, a través de las migraciones o por el intercambio inevitable de las rutas marítimas que surcaban del Mediterráneo. (Moradiellos, Europa: un vocablo con mucha historia, espacial y cultural, 2010)

El mito del rapto de Europa -desde sus orígenes- sedujo a innumerables artistas y escritores, y se ha convertido en un tema recurrente dentro de las artes, en sus diversas manifestaciones. Ha sido un motivo que no solo incitó la creación en las virtuosas manos de los maestros de la Antigüedad, sino que ha servido como fuente de inspiración para los creadores a lo largo de la historia, quienes atrapados por su simbolismo han querido captar la esencia del relato.

En cuanto a la etimología de la palabra Europa existen varias versiones. Una de las hipótesis plantea que el nombre proviene del vocablo griego εὐροός, un adjetivo que significa “de curso fácil” o “que corre con facilidad”. Según esta, Europa es abundancia, una imagen que ha sido incitada por la iconografía, donde se representa en forma de diosa, llevando en sus manos el cetro de reina y el cuerno de la abundancia. Otra interpretación localiza su origen en εὐρώπος donde εὐρός se traduce por “extenso, largo, vasto” y “ὄψ, ὄπος” por “aspecto”. De esta forma, Europa significaría “de largo aspecto”, criterio en consonancia con la realidad de ser una región espaciosa, de la cual los propios griegos desconocían sus verdaderos límites.

Otra teoría esgrime que el vocablo Europa, no proviene del griego, sino que tiene un origen semita. Bajo esta fórmula, Europa se relaciona con el término “erebu”, que significa Occidente, es decir, donde muere el sol; mientras que la otra parte del mundo, por donde nace el astro, es el Oriente. En relación con esta tesis, la palabra Europa tiene otras raíces en 'euroeis' o 'euros', que significa sombrío o tenebroso. Por ello, era asimilada a la diosa de la oscuridad y, por extensión, respondía al epónimo del país del ocaso que se encontraba más allá del Helesponto, lo que equivaldría al Occidente.

Para los griegos la concepción geográfica del área que denominaban Europa no estaba completamente de-

limitada y se circunscribía fundamentalmente al universo heleno. El propio Heródoto², expuso la generalizada concepción griega de un mundo constituido por un disco plano de tres grandes espacios-continentes rodeados por el Océano y con nombres de mujer: Europa (la parte más grande), Asia y Libia, cuyos límites declaraba desconocidos. (Herodoto, 2002, p. 26)

Tal como lo hiciera Heródoto, otros autores contemporáneos y posteriores a él combinaron el uso ambivalente del vocablo Europa para designar tanto a la mítica princesa fenicia como al continente. Entre ellos el historiador Ferécides de Atenas, el literato Nicandro Theriaca, los mitógrafos Agatárquides de Cnido y Apolodoro de Atenas.

Los griegos de la Antigüedad utilizaron el término para designar a un territorio separado de Asia y de Libia-África. La contraposición entre las denominaciones Europa y Asia, fue vivamente sentida por los helenos. Con el paso del tiempo estas diferencias adquirieron una connotación político-cultural, que comenzó a extender el uso del nombre de Europa a toda la Grecia continental, a partir de las Guerras Médicas; sin embargo, quien delimitó físicamente el continente denominado Europa fue Estrabón, un autor posterior a Heródoto que, en su obra *Geografía*, señaló:

Por países, el primero de todos desde Occidente es Iberia, semejante a una piel de buey, cuyo cuello se prolongaría en la vecina Céltica, es decir, hacia Oriente, y a ambas las divide por un lado la cordillera llamada Pirene. ... Tras él está la Céltica, hacia el Este hasta el río Rin, cuyo lado norte está bañado todo él por el Estrecho de Britania, pues esta isla se extiende toda ella enfrente y paralela ... la parte meridional, una por los Alpes desde el Rin y otra por el propio Mar Nuestro en toda la zona comprendida en el golfo llamado Galático ... Las primeras regiones de Italia son las llanuras situadas al pie de los Alpes y que llegan hasta el fondo del Adria y las zonas vecinas ... Tras Italia y la Céltica, los restantes países de Europa son los orientales, cortados de dos en dos por el río Istro. Éste corre de Occidente a Oriente y el Ponto Euxino, dejando a su izquierda toda la Germanía, que comienza en el Rin y todo el país

de los getas y el de los tirregetas, bastarnos y saurómatas hasta el río Tanaide y el lago Meótide, y a la derecha toda Tracia e Iliria, quedando en último lugar Grecia. (Estrabón, 1991, p. 26)

Entre los romanos el vocablo Europa mantuvo una connotación geográfica y no definió a una comunidad con caracteres propios. A partir del siglo IV d. C. comenzaron a utilizar el término para referirse a la porción occidental del Imperio, una región caracterizada por la fuerte influencia del cristianismo, que le impuso rasgos distintivos.

EUROPA MEDIEVAL COMO IDENTIDAD CRISTIANA

Durante la Edad Media el vocablo Europa se empleaba en sentido geográfico y no aludía a ningún elemento identitario. En este período la personalidad continental se reflejó bajo la forma de la Cristiandad. La Europa Occidental cristiana se delimitaba de la siguiente forma: por un lado, Bizancio, situación que se agravó tras el cisma de 1054; y del otro, las fronteras del avance árabe.

El cristianismo, herencia del legado romano, le proporcionó a Europa una gran cohesión interna y reglamentó sus relaciones con el resto del mundo. Por muy atomizado que pudo parecer el contexto feudal, la Europa del período poseía un factor de homogeneidad por la práctica de una fe común. Aunque el término Europa era poco empleado, la designación de *christianitas* se impuso como el término para designar los espacios donde reinaba la cristiandad latina. Una comunidad que se extendía desde el Atlántico hasta las fronteras con el Imperio Bizantino, y se apoyaba en una estructura eclesiástica fuertemente organizada y con una lengua común, el latín.

El historiador francés Jacques Le Goff apuntó que, para el siglo IX, la idea de Europa no existía aún, y que solo tomaría cuerpo en un período posterior (Gambaro, 2014). La creación del Imperio carolingio, visto por muchos pensadores como un intento de unificar al continente, no se legitimó en una construcción puramente europea y nueva, sino en una que miraba al pasado, al

² Herodoto o Heródoto; Halicarnaso, c. 484 a.C. - Turios?, c. 426 a.C.) Historiador griego, considerado el primero del mundo occidental. Su obra titulada *Historias* está compuesta por nueve libros.

extinto Imperio Romano de Occidente. Por lo tanto, más que la creación de una identidad política y cultural, su objetivo fue el renacimiento de las conexiones con la civilización romana, a través de todas las posibilidades que brindaba el cristianismo, legitimador del poder universal. La labor de Carlomagno -a pesar de estas realidades- fertilizó el terreno para la unificación europea, que aunque se sustentaba entonces en otros valores, ha sobrevivido como un intento de unidad política en el continente. Su breve existencia tocó fin con la fragmentación del imperio por el Tratado de Verdún en el 843³.

A partir de este momento las tentativas de unificación se perdieron entre las aspiraciones de emperadores y papas, quienes lucharon indistintamente por establecer el dominio universal de los poderes secular y seglar, en el mundo cristiano. A lo largo del periodo medieval, el Sacro Imperio Romano Germánico, heredero de la corona imperial de Carlomagno, intentó restaurar su autoridad perdida y exploró serias tentativas como el reinado de Carlos V de Alemania y I de España.

Desde el punto de vista geográfico, en la Edad Media persistió la imagen clásica de la Tierra como un disco plano rodeado por el Océano, sometida a una fuerte simplificación y esquematización, donde Europa asumía una connotación territorial. Desde el siglo VII se popularizó el formato de los llamados mapas de «T en O», a partir del diseñado por San Isidoro de Sevilla para su obra titulada *Las Etimologías* (Isidoro, 1599).

Según este modelo cartográfico medieval, el mundo estaba representado como una circunferencia plana (un discario), delimitada por un Océano continuo e indiviso (la O) que rodeaba a la Tierra, la cual se encontraba dividida en tres partes por una masa de aguas interiores en forma de T. La parte superior del discario la ocupaba Asia y la parte inferior se dividía equitativamente entre Europa, a la derecha, y África, a la izquierda. A cada continente le correspondía el nombre de uno de los hijos de Noé que repoblaron la tierra tras el Diluvio Universal. De esta forma, Sem se establecería en Europa, Cam en África y Jafet en Asia.

El mapa estaba orientado de acuerdo a las creencias del período. A tenor de esto, Asia se encontraba situada en la parte superior ya que, por el Oriente, salía el sol y

se suponía que allí había estado situado el Paraíso terrenal. La estructura del mapa, identificada con la organización del mundo, estaba centrada en la T, símbolo de la cruz, y en el diagrama “T en O”, donde se reflejaba la supuesta armonía del mundo creado por la divinidad, al constituir una representación de la expresión *Orbis Terrarum* (orbe o disco de la Tierra). (Moradiellos, Europa: un vocablo con mucha historia, espacial y cultural, 2010)

Esta visión esquematizada y cargada de religiosidad solo cambió decisivamente a partir de la Era Moderna, con posterioridad a los viajes de descubrimiento geográfico de los siglos XV y XVI, y a la ubicación de América como cuarto continente, situado allende el Océano. Una vez comprobada la esfericidad de la Tierra y desterrada la teoría geocéntrica, la geografía comenzó a representar los continentes de un modo más preciso y ajustado a la realidad de sus dimensiones, tal como lo hiciera el cartógrafo, geógrafo y matemático flamenco Gerardus Mercator en el siglo XVI.

A partir del Renacimiento, Europa comenzó a representarse con unas dimensiones geográficas menos magnificadas y a ocupar un espacio, en consonancia con sus proporciones reales. El continente europeo, a pesar de su innegable importancia histórica, se revelaba finalmente como un apéndice occidental de un inmenso continente asiático. Mientras que sus límites peninsulares se dibujaban con claridad, las delimitaciones continentales por el Este, se tornaban nebulosas y arbitrarias, cada vez menos naturales y más históricas. Los geógrafos optaron por un límite convencional y apoyaron la línea divisoria en los Montes Urales, aunque éstos se encontraban en el espacio asiático. Ha sido la política la mano que ha movido continuamente la delimitación geográfica del Rin a los Urales y del Adriático al Caspio. Atendiendo a esta singularidad, la Europa geográfica se ha presentado elástica y, en ocasiones, hasta indefinida.

La historiografía señala a Pierre Dubois⁴ como el pionero que introdujo la idea de una Europa unida. En 1303 escribió su obra *De recuperatione Terrae Sanctae* (Dubois, 1891), en la cual propuso la creación de una liga europea bajo la dirección del soberano más poderoso de

³ Tratado mediante el cual, luego de un período de inestabilidad y luchas intestinas, se dividió el Imperio Carolingio entre los tres hijos de Ludovico Pío. Esta fragmentación fue el punto de partida, en la formación de varios países de Europa Occidental.

⁴ Jurista francés durante el reinado de Felipe IV el Hermoso, rey de Francia.

Europa. Felipe IV el Hermoso sería el elegido para comandar este proyecto, asegurar una paz duradera en el seno de la cristiandad y reunir las fuerzas armadas para la reconquista de la Tierra Santa y del Mediterráneo. La mayor parte de los proyectos que le sucedieron estuvieron inspirados directa o indirectamente en el de Dubois.

Durante el Renacimiento la idea de Europa recuperó su espacio y comenzó a ser reconocida dentro de la intelectualidad de filiación humanista del período. Esta etapa marcó una renovación profunda en la sociedad europea. Los nuevos valores que comenzaron a ser defendidos (racionalidad, exaltación del saber, redescubrimiento del legado de la Antigüedad) constituyeron los gérmenes de la contestación a los dogmas y prohibiciones religiosas. Todo ocurría en el momento en que el mundo cristiano se encontraba desgarrado por las guerras de religión, donde el cisma protestante puso fin a la unidad de la cristiandad latina.

El vocablo Europa sustituyó al de *christianitas* para designar al espacio geográfico y constituyó una forma de distinguirlo del Nuevo Mundo americano, en la medida que la comunidad cristiana creció con el propio proceso de colonización. Desde principios del siglo XVI, la Cristiandad comenzó a perder gradualmente su rol como ente unificador de Europa. Tanto el conflicto religioso generado por la Reforma Protestante, como el descubrimiento de América, condujeron a un replanteamiento del papel de la Iglesia católica como eje aglutinador de la cultura europea.

La idea de la unidad cultural de Europa tuvo sus raíces en el Renacimiento y puede palpase en las obras de los escritores del período, a partir de la crisis política desatada con la toma de Constantinopla por los turcos, en 1453. Tal fue el caso del humanista Enea Silvio Piccolomini⁵, quien se convirtió posteriormente en el papa Pío VII y fuera el iniciador de la utilización del término “europaeus” o europeos. En su *Discurso sobre la derrota de Constantinopla y la necesidad de hacer la guerra a los turcos (Oratio de Constantinopolitana clade et bello contra Turcos congregando)*, expuso que los ataques de los infieles no se desarrollaban más en África o en Asia, sino en la patria europea y que era

necesario contenerlos y recuperar a Grecia.(Pereira, 1997)

Las nuevas condiciones históricas indujeron a una caracterización y delimitación de los valores europeos. Esta concepción fue expresada por el humanista alemán Jacobo Wimpfe Ling, para el cual, la “Europa culta” era un ente tangible y lleno de vida; pero se evidenció, sobre todo, con Erasmo de Rotterdam, quien fuera defensor de la paz como valor de la Europa unida. Igualmente, el médico Andrés Laguna desde la Universidad de Colonia, vio en Europa no sólo un territorio, sino un ente cultural y político, cimentado en la tradición helénica clásica y el cristianismo. Con Laguna surgió la idea de una Europa imperial destinada a conquistar el mundo.

La primera enunciación de Europa, comprendida como una comunidad dotada de caracteres específicos, más allá de la delimitación geográfica o religiosa, provino de Maquiavelo. En su formulación de carácter político, Europa presentaba una personalidad e individualidad propia basada en su modo característico de organización política, diferente a los estados asiáticos.

A finales de la Edad Media comenzaron a edificarse las monarquías centralizadas y, a la fragmentación de la Era feudal, la sucedieron nuevas estructuras políticas y condiciones históricas. La amalgama de representaciones de una Europa, en construcción, continuó siendo asimilada y reinterpretada en los siglos posteriores.

LA IDEA DE EUROPA EN EL SIGLO XVII: CRISIS Y REINVENCIÓN

La idea de Europa en la Modernidad durante los siglos XVI y XVII se distinguió, en primer lugar, por un cisma religioso que erosionó significativamente la antigua concepción unitaria de la Europa Católica precedente. Al ideal albergado por Carlos V y su hijo Felipe II, sobre la vertebración de Europa por los Austrias de España y Alemania, se unieron las recurrentes propuestas de Tomás Campanella⁶ en su obra *La Ciudad del Sol*(Campanella, 1623)El autor describió una comunidad europea sometida a una monarquía universal encabezada por España. La Europa reformada se proyectó

⁵ Enea Silvio Piccolomini (1405-1464) Humanista coronado poeta por el emperador Federico III (1442). Como Papa encaminó sus esfuerzos a la organización de una cruzada contra los turcos otomanos.

⁶ Filósofo y poeta italiano. Entre sus escritos destaca el tratado utópico: *La ciudad del sol* (1602) donde describe un Estado teocrático universal basado en principios comunitarios de igualdad.

como una entidad divisible, característica que se acentuó con las delimitaciones fronterizas resultantes de la construcción del moderno Estado-Nación a partir del siglo XV.

La implementación progresiva de un absolutismo monárquico, de tendencia centralista, legitimado por la iglesia católica o protestante, trató de mantener desde el punto de vista político una homogeneidad relativa, a través de lo que actualmente se conoce como la *Europa de los absolutismos*⁷. Este calificativo poseyó un carácter ambiguo si se tiene en cuenta la diferencia de ritmos al interior de la propia Europa, así como las tempranas reacciones a esta forma de gobierno.

Los ejemplos más significativos fueron: la Rebelión de los Países Bajos, las Guerras civiles en Inglaterra y la Fronza en Francia; manifestaciones de una crisis estructural causada, esencialmente, por el avance del capitalismo y la adopción paulatina del protestantismo. Estas realidades impactaron en la correlación geopolítica europea del siglo XVII. El continente asistió a una sustitución paulatina del protagonismo de regiones como España e Italia por otras como Holanda, Inglaterra y Francia, las que ostentaban no solo la supremacía sino también el germen de la gran transformación sociopolítica de los siglos venideros.

La idea de Europa no se gestó como una construcción abstracta, fue una proyección histórica y su conceptualización estuvo ligada al conjunto de contradicciones y conflictos propios de la época donde se fraguó. En ese sentido, Jan Patocka argumentó, refiriéndose al siglo XVII, que: "...prima la pugna política y militar de las potencias europeas que luchan por la hegemonía y excluyen toda idea espiritual vinculante entre las naciones.(Patocka, 2001, 247) Este fragmento evidencia el desgaste del vínculo religioso, el cual fue sustituido por el concepto de federación de naciones que se impuso en Europa a partir de la ideología del "interés de Estado" y del equilibrio entre las naciones ampliamente propugnado por Maximilien de Béthune, duque de Sully y ministro de Enrique IV de Borbón, rey de Francia, el cual en sus *Memorias (1770)* contempló un programa de reordenamiento de Europa para la paz, conocido como

Grand Dessin. En él avizoraba que después del abatimiento de los Austrias, el continente –del que excluía a Rusia y a Turquía– se organizaría en una federación de monarquías hereditarias (España, Francia, Inglaterra, Suecia, Dinamarca y Lombardía); seis monarquías electivas (Sacro Imperio, Papado, Venecia, Polonia, Bohemia y Hungría) y tres repúblicas federales (la belga, la helvética y la itálica), la cual sería presidida por un Consejo Federal, sostenido por un único ejército fijándose a su vez la abolición de la guerra.(Vives, 1961)

Ante la idea de centralización de Sully, algunos españoles como Francisco Vitoria⁸ abogaron por la adopción del derecho natural común de todos los pueblos con anterioridad a las leyes. El holandés Hugo Grocio⁹, por su parte, fue mucho más lejos y reclamaba el moderno derecho de gentes ajeno a las apetencias de los reyes y príncipes, en un contexto histórico de franco desarrollo de la burguesía holandesa.

Estas aspiraciones evidenciaron una fractura europea no solo desde el punto de vista religioso, sino también de la concepción jerárquica y organicista que había caracterizado la vida internacional desde la Edad Media. Estos presupuestos necesitaban ser ajustados en pos de la convivencia con el protestantismo, la burguesía y su influencia en el mundo católico; fue preciso generar un proceso de invención que favoreciera a la colectividad europea.

La Paz de Westfalia en 1648 se convirtió en la base constitutiva de esta reinención y fijó un sistema europeo que llegó a incorporar a la mayoría de las potencias. Reunió 145 representantes que negociaron la conclusión de la Guerra de los Treinta Años. En ella se reconoció oficialmente la Confederación Suiza y la República de los Países Bajos, lo que inmovilizó las divisiones vigentes entre Estados protestantes y católicos.

En palabras de Hillaire Belloc:

La Europa católica terminó aceptando como aparentemente inevitable la pérdida de lo que hoy son los Estados y las ciudades protestantes. La Europa protestante perdió toda esperanza de

⁷ Expresión usualmente utilizada por la historiografía para describir el paisaje político de Europa del siglo XVII.

⁸ Francisco Vitoria (1483-1546) Fraile dominico español, escritor y catedrático de la Escuela de Salamanca. Se destacó

por sus ideas y contribuciones al derecho internacional y la economía moral.

⁹ Hugo Grotius o Hugo de Groot (1583-1645) Jurista, escritor y poeta holandés. Defensor del Estado absoluto, inauguró una nueva corriente sobre el Derecho natural.

afectar permanentemente con su espíritu aquella otra parte de Europa que había sido salvada para la Fe. (Belloc, 1946, p. 39)

El siglo XVII fue el escenario propicio para que las naciones europeas desarrollasen sus apetencias expansionistas basadas en el derecho del más fuerte. La utilización de la Razón de Estado en tiempos de Luis XIV fue clave para la Europa Absolutista, una muestra de la defensa de las aspiraciones nacionales y de las contradicciones que supusieron la crisis del modelo de relaciones europeas configurado desde los Estados Pontificios.

La conciencia europea fundada en la religión y la autoridad monárquica tuvo que enfrentar, de cara al siglo XVIII, un espacio ocupado por católicos y protestantes, por creyentes y escépticos, los cuáles se distinguieron por su rebeldía ante lo divinamente justificado. Con la llegada del racionalismo, Jean Bodin y Jacques Bossuet, teóricos del absolutismo, fueron relegados por los escritos de John Locke e Issac Newton. El primero recreó las bases del parlamentarismo inglés y Newton, con la Ley de Gravitación Universal, atacó directamente la tradición eclesiástica y su dogmática visión del universo.

Las transformaciones al interior de los contornos europeos, en cuestiones religiosas y en las formas de hacer política, supuso una búsqueda constante por mantener la paz entre las naciones. En este sentido, William Penn¹⁰ sugirió la creación de una Dieta de Estados Europeos, idea que expresaba una necesidad de organización superior que estableciera pautas para la convivencia armónica y colegiada de cara a un nuevo siglo.

LAS LUCES SOBRE EUROPA

Los estadistas ilustrados del siglo XVIII elaboraron una idea de Europa civilizada en contraposición al resto del mundo y, al mismo tiempo, una noción de Modernidad cuyos componentes se conformaron teniendo en cuenta la experiencia socio-histórica de Europa Occidental.

El siglo XVIII fue el escenario propicio para la legitimación de Europa como centro de gravitación universal a través de la creación de una cosmovisión del resto del mundo. En el discurso de Immanuel Kant, la idea de Europa se construirá sobre la base de una profunda oposición: *europeo/no europeo, nuestro continente/otros continentes, Occidente/Oriente*. Estos binomios conceptuales fueron apuntalados de manera recurrente por la *intelligentsia*, y se le añadieron otros de carácter valorativo como *civilizado/salvaje, blanco/negro, nosotros/ellos*. (Ribeiro dos Santos, 2015)

La difusión de la idea de Europa es quizás uno de los avances más sobresalientes del siglo. Se publicaron periódicos de carácter europeo como: *La literatura europea y el Correo general histórico, literario y económico de la Europa* (Madrid, 1763). La utilización de los salones, los clubes para debatir sobre los adelantos científico-técnicos registrados por la Enciclopedia, y el renacimiento de las universidades europeas, sirvieron como vehículos indispensables en la construcción de la Europa dieciochesca.

Estas tendencias europeizantes coexistieron con la emigración de algunas costumbres propias de los Estados que conformaban el continente, la ópera a la italiana, el salón a la francesa, el té a la inglesa, usos comunes de Europa en los espacios de socialización y aculturación; donde el predominio de lo francés terminó por actuar como un componente vital en la concepción unitaria de Europa:

... muchos autores, abandonando su idioma natal, preferían el de las gracias y la filosofía, que les permitía ser leídos en todos los países... los hombres que en otro tiempo eran romanos, florentinos, genoveses o lombardos, se hacían todos más o menos europeos.... (Hazard, 1985, p. 383)

Francia, por su veleidad geográfica y la tenacidad de filósofos prominentes como Voltaire y Rousseau, actuó como intermediaria entre la Europa Occidental y la Oriental, donde el impacto de la Ilustración catalizó el acercamiento: "... Los rusos no eran ya aquellos extraños moscovitas cuya aparición había asombrado a la generación precedente: venían alegremente a gastarse sus

¹⁰ William Penn (1644-1718) Cuáquero y filósofo inglés. Empresario de bienes raíces que fundó la colonia de

Pensilvania en los Estados Unidos. Autor de *Ensayo hacia el presente y el futuro de paz de Europa en 1693*.

rublos en las grandes ciudades occidentales, y especialmente en París...” (Hazard, 1985, p. 383).

En ese sentido, la unificación de Europa encontraba un nuevo sustento: la adopción paulatina del ideario ilustrado en cuestiones políticas, sociales y culturales como parte de la vida cotidiana de cada uno de los Estados; todos con similares principios de derecho público y de política, poco conocidos en las demás partes del mundo.

Esta visión poseía incontables recurrencias al pasado, con representaciones como la siguiente:

¿Por qué los asiáticos y los africanos no habían atracado en sus puertos, conquistado sus territorios, impuesto su autoridad a los príncipes autóctonos? Porque los europeos eran los más fuertes; eran los más fuertes porque eran los más sabios; por ser los más sabios, representaban un grado más adelantado de civilización. (Hazard, 1985, p. 384)

Asimismo, los patrones de libertad e igualdad fueron proclamados como principios inherentes del mundo europeo. La clase burguesa era la encargada de legitimar el nuevo orden económico-social [capitalismo] y articuló al mismo tiempo su propia idea de Europa, contraria a la visión esencialmente religiosa y monárquica. En función de su ascenso político logró expandir una idea de lo moderno donde el absolutismo no tenía cabida. Esta perspectiva abrió la brecha para procesos revolucionarios como la Revolución Francesa de 1789, suceso de gran relevancia internacional y fruto de esta nueva cosmovisión de Europa.

Con la Revolución Francesa se institucionalizaron las ideas más atractivas del espíritu ilustrado: división tripartita de poderes, tolerancia religiosa, abolición de la servidumbre, defensa de la propiedad, los derechos del Hombre y el Ciudadano. Además se proclamó la República, en un paisaje europeo mayoritariamente monárquico. Por otra parte, los revolucionarios de la Convención se encargaron de potenciar el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, principio que fue utilizado para invocar y justificar la expansión francesa.

A fines de este siglo fueron publicados el *Tratado sobre La Paz Perpetua* (1795) de Immanuel Kant y *All'Italia nelletenebre l'aurora porta la luce* de Enrico Michelle, ambos evidenciaron un afán por el cese de las

discordias y el retorno al equilibrio. Al respecto, Michelle planteó:

No, europeos, que nuestra infancia, nuestra ignorancia y nuestra estupidez encuentren un final... que las naciones se unan y se liberen y sean gobernadas según los derechos sacrosantos de la libertad y la igualdad, dirigidos según los principios de la paz, de la virtud y de la justicia... que todas las naciones de Europa se puedan considerar como pertenecientes a un solo Estado, que sus intereses sean comunes y que Europa pueda ser tenida como la madre universal de todos sus habitantes. (L'Aurora, 1796, p. 78)

Esas ideas unificadoras convergieron con las aspiraciones de la burguesía francesa y el ascenso de una figura como Napoleón Bonaparte, quien concretó los ideales de esa clase durante su Imperio. Legitimándose a través de la tradición romana y de la expansión militar ensayó un gobierno europeo moderno, que se rigió por una serie de principios recogidos en el Código Napoleónico. De esta forma, Europa se articuló de manera arbitraria bajo su égida, retomándose los proyectos de unidad continental a la usanza del modelo imperial.

El período napoleónico rompió, momentáneamente, con la idea del federalismo democrático y el pacto entre las potencias, esgrimió la defensa de la integridad del Imperio y legitimó su autoridad ecuménica mediante el Concordato. Como bien reconoce José Luis Valverde: *el nuevo estado va a heredar el imperialismo y despotismo de los antiguos soberanos.* (Valverde, 1994)

Esta sed latente de expansión al interior de los estados europeos es lo que Paul Hazard ha denominado como la falsa Europa, donde:

No habría concordia política: a lo sumo, coaliciones pasajeras, que se dejarían siempre como se habían hecho. Los sabios filósofos no gobernarían los Estados, sino más bien Maquiavelo, obstinado y triunfante. No habría paz universal; solamente treguas, durante las cuales se prepararían para la guerra buscando medios mejores para matarse mutuamente. Pues la ciencia aumentaría, como se había esperado, la potencia del hombre, pero aumentaría al mismo tiempo su poder de destruir. El siglo XVIII acabaría con las guerras de la Revolución, el XIX empezaría con las guerras del Imperio.. (Hazard, 1985, 404)

Las coaliciones europeas y su triunfo sobre Napoleón en Waterloo reivindicaron el principio del equilibrio entre las potencias y pusieron fin a la aspiración napoleónica de instituir un gobierno europeo cuya hegemonía estuviera en manos de Francia; sin embargo, no pudieron coartar el espíritu de dos siglos de renovación y reinención. Después de siglos de historia y pensamiento “la peculiar unidad de Europa como ámbito reconocible de civilización y cultura reposaba sobre las sucesivas realizaciones históricas de la Antigüedad Clásica, de la Cristiandad medieval, del Humanismo renacentista y de la Ilustración dieciochesca.” (Moradiellos, Europa: un vocablo con mucha historia, espacial y cultural, 2010)

EL SIGLO XIX: EUROPA, CAMINO MÁS QUE DESTINO

Durante el siglo XIX comenzó a gestarse la idea de Europa, más allá de su comunión geográfica. El pensamiento europeo se adueñó de “...la conciencia de pertenencia a una comunidad histórica que va asociada a las ideas de la cultura occidental, a la ciencia, la tecnología, y al concepto de modernidad” (Barona, 2010, p. 24).

Tras el impacto de la era napoleónica, Europa abrió las puertas al siglo XIX bajo el orden que estableció el Congreso de Viena. Los estados más sobresalientes: Inglaterra, Rusia, Austria, Prusia y Francia, negociaron a puertas cerradas los destinos del continente.

En la capital del Imperio Austrohúngaro se establecieron las pautas para el universo eurooccidental y se gestó la Europa restaurada, que duraría entre 1815 y 1848. Durante más de treinta años se impuso el modelo absolutista, los congresos como sistema de relaciones internacionales y la amenaza del ejército de la Santa Alianza. Cambió el mapa político y se estableció un sistema que retrocedió a los viejos moldes del Antiguo Régimen y el catolicismo. Estos dos principios se entronizaron nuevamente durante las décadas de gestación de un pensamiento liberal y nacionalista en Europa.

Desde fecha tan temprana como 1814 fue publicado en París una obra del célebre conde francés Henri de Saint-Simon¹¹ que apuntaba la idea de un continente Europeo

como unidad. “De la réorganisation de la société européenne ou de la nécessité de rassembler les peuples d’Europe en un seule corp... (Saint-Simon, 1814). En ella se expusieron utópicamente temas tan importantes como una economía y un mercado común, la supresión de las fronteras y una política exterior conjunta, bajo la égida de lo que el conde llamó los “Estados Unidos de Europa”.

El ascenso de la ideología liberal fue esencial en la construcción de la idea de Europa durante la centuria. Bajo esta doctrina el continente se identificó como el escenario para el ejercicio de la libertad en todas sus modalidades: políticas, civiles y económicas. Concepciones que, sin dudas, constituyeron un paso de avance sobre el resto del mundo, y así lo exaltaron los pensadores europeos, con independencia de su condición de ingleses, franceses o alemanes. Estas propuestas condujeron a que durante el siglo XIX se esparciera el mito de Europa como la tierra de la libertad.

El ideal libertario –de la mano del romanticismo político– halló espacio en las revoluciones burguesas de 1848. En la cambiante realidad de la llamada “primavera de los pueblos”, maduró la perspectiva de la europeidad. En el seno de algunos movimientos se defendió la tesis –ya esbozada por Saint Simon– de una confederación europea o de los Estados Unidos de Europa.

Desde Italia, la creación de la Joven Europa y el Comité Europeo, encabezados por Giuseppe Mazzini¹², constituyeron los antecedentes de proyectos que no avanzaron en la práctica, pero vislumbraron la reorganización de una Europa única, democrática y nacionalista, expresión de los movimientos revolucionarios del continente. La idea de Mazzini no rebasó el propio año 1848, otros procesos como la industrialización, los movimientos nacionalistas y los conflictos entre potencias europeas aplazaron los intentos políticos en pos de una Europa unida.

A pesar de esta realidad, la integración dejaba de ser una utopía exclusiva de humanistas y filósofos, y progresaba por derroteros más pragmáticos a través de organizaciones políticas. Los pensadores europeos se enfrentaron al gran desafío de construir una identidad común, por encima de la diversidad geográfica, étnica,

¹¹ Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825) Filósofo y teórico social francés, entre los pensadores del socialismo utópico.

¹² Giuseppe Mazzini (1805-1872) Político, intelectual y patriota italiano, artífice el proceso de unificación de su país, apodado por ello «el alma de Italia».

histórica, cultural, religiosa, lingüística y nacional. (Moreno Juste, 1999).

Hasta la década de 1870 la porción occidental del continente, y específicamente las naciones de alto crecimiento económico asistieron a una gran expansión, conflictos internos por el reparto del mundo, el auge del nacionalismo, el colonialismo y la gestación y praxis del imperialismo. Cada una de estas doctrinas contribuyó a consolidar la gran dualidad que acompañaría a la porción occidental de Europa: una región fragmentada hacia dentro, pero que comenzaba a articularse en bloques de naciones desde el punto de vista de su proyección diplomática.

En los cien años que transcurrieron entre 1814 y 1914 no hubo en Europa ninguna guerra que enfrentara a más de dos naciones, excepto la de Crimea (1853-1856). Este esfuerzo se debió, entre otras causas, a las maniobras de la diplomacia francesa, inglesa, rusa y luego alemana. Una tensa convivencia entre países que aspiraban a la hegemonía se mantuvo por largas décadas, a pesar de que eran explícitas las apetencias por zonas no europeas; esta lucha por la hegemonía aletargó el intento de unificación continental.

Las relaciones inter europeas –secreta o explícitamente– eran predominantemente bilaterales o triangulares. Estas estrategias condujeron lentamente a la formación de bloques de potencias y a afianzar intereses, que acabarían en dos conflagraciones mundiales, pero generarían, a largo plazo y en la esfera de alta política, intereses conjuntos a escala continental y sobre todo la necesidad de trazar maniobras a nivel global.

Como lo fue desde los siglos de transición hacia la Modernidad, el discurso de auto representación se fundamentó en torno a la concepción del Viejo Mundo civilizador, experto en el progreso tecnológico, la industrialización, prototipo de modelos políticos, y guía para el avance educacional, cultural y urbano. Sobre estos pilares se erigieron –al mismo tiempo– las premisas ideológicas del imperialismo y la creación del paradigma eurooccidental.

Europa, como parte de su edificación unitaria, incorporó dos elementos importantes: el constante diálogo

con su pasado y el hecho de ser la primera civilización con una concepción dinámica de sí misma, lo cual se reconoce hoy como un rasgo fundamental del pensamiento moderno.

El ideal europeo que durante la Modernidad adquirió forma, tuvo una aguda crisis en las décadas previas a la I Guerra Mundial. Después de las victorias alemanas sobre Austria y Francia, el Congreso de Berlín, y la firma del Tratado de Berlín (1878), se reconoció la independencia de Rumanía, Serbia y Montenegro, Macedonia, Bulgaria y Rumelia¹³. Era la época en que la política exterior centroeuropea se hallaba protagonizada por la mediación del canciller alemán Otto von Bismark. El tratado berlinés generó una difícil situación en los Balcanes y un cisma posterior exacerbado por los procesos nacionalistas en la región.

Simultáneamente con las ideas encaminadas a la unión de los europeos en general, o de la toma de conciencia sobre sí mismos a escala continental, en algunas regiones estallaron movimientos nacionalistas de integración regional como el paneslavismo y el pangermanismo, con una perspectiva supranacional. El pangermanismo, que se gestó en la época de las guerras napoleónicas, y como respuesta al proceso de reorganización del continente en 1815, fue muy influyente en la política alemana hacia mediados del siglo. Inicialmente contemplaba a pueblos de Alemania y Austria, pero durante el proceso de unificación alemana, tras la proclamación del II Reich como estado-nación, Austria quedó excluida del mismo.¹⁴

Por su parte, en el universo de los pueblos eslavos desde finales del siglo XVIII se cobraba forma el paneslavismo, un movimiento que adquirió mucha fuerza hacia la década de 1830 y que buscaba proteger, organizar y apoyar la cultura eslava. En 1848 se celebró el Congreso Paneslavo de Praga, con representantes de Bohemia, Polonia, Croacia, Dalmacia, Silesia y Serbia; luego se reunieron en Moscú en 1867 y nuevamente en Praga en 1908. A pesar de la naturaleza eminentemente cultural del paneslavismo, con el tiempo adquirió un cariz político muy relacionado con el nacionalismo. Alcanzó gran arraigo, hasta considerarse una de las causas

¹³ Rumelia es un término histórico usado durante la dominación otomana para describir la región de los Balcanes o Península de los Balcanes.

¹⁴ El pangermanismo fue retomado e impulsado por el régimen nazi en el siglo XX, se considera una de las causas que provocó el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

que llevó al zar Alejandro II a proteger a los pueblos balcánicos en la Guerra Turco-rusa de 1877-1878.

En los años previos a la Primera Guerra Mundial el paneslavismo aspiraba a la emancipación de los eslavos del dominio de los imperios otomano, alemán y austro-húngaro. El Imperio Ruso, único estado eslavo independiente, utilizó este movimiento como pretexto para llevar a cabo sus proyectos expansionistas, sobre todo a inicios del siglo XX.

Otros ejemplos integracionistas europeos pueden citarse, aunque no estuvieron explícitamente vinculados a una cultura, ni a una comunidad de naciones; sin embargo, representaron la unión solidaria de la más joven clase social, el proletariado. Las I y II Internacionales Obreras, 1864 y 1889, respectivamente, sobrepasaron los límites de las fronteras de diferentes naciones para conseguir una alianza de carácter ideológico y clasista.

La Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) fue un ejemplo de acercamiento estratégico, los unía su condición proletaria, sus demandas como clase, el pensamiento socialista o anarquista y la necesidad de alianza para enfrentar a la burguesía y al sistema capitalista. El carácter europeo e internacional de esta asociación fue un elemento relevante dentro del siglo, para comprender cómo la idea de Europa ha tenido diversas expresiones tanto ideológicas como geográficas.

A las puertas de la Primera Guerra Mundial, la idea de Europa rebasó los límites del proyecto original y los intentos regionales; con el impulso de las apetencias imperiales se afianzó el eurocentrismo. Como precisa Enrique Dussel:

... aunque toda cultura es etnocéntrica, el etnocentrismo europeo moderno es el único que puede pretender identificarse con la “universalidad-mundialidad” El eurocentrismo de la modernidad es exactamente haber confundido la universalidad abstracta con la mundialidad concreta hegemonizada con Europa como “centro”. (Dussel, 2005, p. 41)

Ese mismo eurocentrismo creó y propagó el concepto de Modernidad como el gran hallazgo de los europeos, con la exclusión explícita de los aportes que Asia, África y luego la propia América hicieron a la construcción de esa modernidad. Desde el paradigma eurocéntrico, crearon la división seudocientífica de los tiempos

históricos en Edad Antigua, Media y Moderna, solo teniendo en cuenta las temporalidades de un continente geográficamente más pequeño y más joven.

LA GRAN GUERRA Y LOS AVATARES DE UNA IDEA

Durante los años de la Gran Guerra hubo múltiples campañas antibélicas en los diferentes países y en los diversos círculos sociales. Se hicieron intensas cruzadas contra la devastadora conflagración y todo ello creó un sentimiento internacional compartido de rechazo al conflicto.

Finalizada la conflagración se reconoció una crisis de la política y la civilización occidental. En consecuencia, los valores que estableció la hegemonía política, militar, social, tecnológica y cultural, se encauzaron hacia la idea de una comunidad europea como concepto político.

Después del Tratado de Versalles en 1919, el desgaste que generó un quinquenio de guerra y los retos de cada nación con la firma de la paz, sepultaron por un tiempo la idea de una Europa única. Los europeos tenían en común innumerables pérdidas humanas, materiales, un inmenso dolor y grandes regiones por reconstruir. Los sentimientos nacionalistas afloraron por encima de un pensamiento comunitario.

En 1919 se organizó la Sociedad de Naciones, con sede en Ginebra, Suiza. Iniciativa internacional que intentó anudar lazos entre los países, dentro y fuera de Europa, con la finalidad explícita de resolver los conflictos por la vía pacífica, eludir otra conflagración mundial y garantizar la seguridad internacional. Sus promotores, mayoritariamente europeos, fueron los miembros del Consejo de los Cuatro: Georges Clemenceau, primer ministro de Francia, David Lloyd George, primer ministro de Inglaterra, Vittorio Emanuele Orlando, jefe del ejecutivo italiano y el Presidente de los EE.UU., Thomas Woodrow Wilson. Potencias de la talla de Alemania y la URSS, no ingresaron hasta los años 1926 y 1934, respectivamente, y el Senado de los Estados Unidos se opuso a la membresía de su país.

La idea no era desacertada, sin embargo, la falta de organización, las disputas de liderazgo entre los miembros, y la inexistencia de una fuerza internacional capaz de mantener el orden y ejecutar las decisiones, condujeron a su desintegración. Oficialmente se acepta 1946

como la fecha de su última sesión, pero mucho antes, con la declaración del inicio de la II Guerra Mundial, en 1939, esta dejó de funcionar.

Otra de las singulares respuestas de posguerra a escala continental tras el desastre bélico, fue el movimiento paneuropeo. El aristócrata austriaco Richard Coudenhove-Kalergi¹⁵ publicó en 1923 su obra *Pan-Europa* (Coudenhove-Kalergi, 2001).

Este texto tenía la finalidad de convencer a los europeos que el futuro del continente estaba en la unión económica y política entre los estados, bajo una federación de democracias que confrontara el ascenso de las potencias no europeas. En octubre de 1926 se celebró en Viena el Primer Congreso Paneuropeo, con la asistencia de más de dos mil delegados de veinticuatro países y se nombró a Coudenhove presidente del Consejo Central. A pesar de la buena acogida, incluso fuera de Europa, este esfuerzo integracionista recibió la estocada de la crisis económica internacional de 1929. Ello replegó a las naciones hacia sus realidades internas para salvar sus propias economías. Quedó aplazada la unión continental que proyectara el llamado Conde Europeísta.

Sobre los diferentes paradigmas auto edificados, una y otra vez, cristalizaba gradualmente la idea de Europa. Desde antaño, los europeos se habían convencido de su condición de cumbre civilizatoria, cuna de las artes, el pensamiento, la ciencia y la industria. Se había generado una perspectiva de la identidad eurocéntrica desde muchos puntos de vista, y el eje unificador descansaba –según la conveniencia– en su unidad geográfica. Aunque la defensa territorial ha omitido que su condición de "territorio caminable" abarcaba también Asia, este fue uno de los aspectos que George Steiner resaltó en su obra sobre la construcción ideal de este continente:

Europa ha sido y es paseada. Esto es fundamental. La cartografía de Europa tiene su origen en las capacidades de los pies humanos, en lo que se considera son sus horizontes. Los hombres y mujeres europeos han caminado por sus mapas, de aldea en aldea, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad. La mayoría de las veces, las distancias

poseen una escala humana, pueden ser dominadas por el viajero a pie, por el peregrino a Compostela, por el promeneur, ya sea solitario, ya gregario. Hay trechos de terreno árido, intimidatorio; hay ciénagas; se elevan altas cumbres. Pero ninguna de estas cosas constituye un obstáculo definitivo. No hay sáharas, no hay badlands, no hay tundras impracticables. Los tramos montañosos tienen sus refugios como los parques tienen sus bancos. Los Holzwege [camino de bosque] de Heidegger guían por el más tenebroso de los bosques. Europa no tiene ningún Valle de la Muerte, ninguna Amazonia, ningún "outback" intransitable para el viajero. (Steiner, 2006, p. 11)

Desde diferentes puntos de vista la comunión continental cobraba fuerza, y la unidad se tornaba cada vez más conveniente para la región, aunque su realización estuviera aún distante. Durante la primera posguerra se consolidó la primacía de determinadas potencias, que se convirtieron gradualmente en rectoras de la Comunidad de naciones y gestoras de una nueva Europa. Aunque el Tratado de París, firmado en 1919, trató de reordenar las fronteras territoriales, el sistema internacional continuó centrado en Europa Occidental, específicamente en Gran Bretaña y Francia.

En 1929 se trató de retomar la idea de crear una Confederación, sin embargo la crisis económica que estalló ese mismo año, y el inicio del conflicto bélico mundial en 1939, postergaron la idea de la unidad continental. (Kennedy, 1994).

No obstante, en 1943, en pleno auge de la guerra, emergió un importante proyecto económico alternativo que buscaba, no sólo imponerse a los designios de las grandes potencias, sino también repensar el futuro del continente en la posguerra. Bélgica, Holanda y Luxemburgo decidieron crear la Unión Económica del BENE-LUX. El incipiente proyecto trabajó por unificar las tarifas, las fronteras aduaneras y flexibilizar la circulación de personas; por lo que puede considerarse como uno de los antecedentes más importantes de la Comunidad Económica Europea.

para su proyecto paneuropeo, hoy son reconocibles: la bandera que diseñó para su federación Europea es la actual con ligeras supresiones, asimismo el Himno de la alegría.

¹⁵ Coudenhove-Kalergi, Richard N. (1894-1972). Aristócrata austriaco, filósofo y escritor. Considerado parte de la intelligentsia europea, llamada también Generación de 1914 o de la guerra. Algunas de sus ideas y los símbolos que creó

DE LA IDEA DE EUROPA A LA PRAXIS COMUNITARIA OCCIDENTAL

Las secuelas de la Segunda Guerra Mundial tuvieron un enorme impacto en la idea del proyecto europeo. La situación económica de la posguerra requería de un esfuerzo colectivo. Desde el punto de vista político, el carácter bipolar del sistema y el liderazgo hegemónico de Estados Unidos demostró la necesidad de avanzar en la unidad europea, para contrarrestar el resquebrajamiento del papel protagónico que habían jugado naciones como Gran Bretaña y Francia.

A partir de 1945 el concepto de Europa Occidental fue empleado con un interés político e ideológico, para diferenciarlo del nuevo sistema social nacido en los países de Europa Oriental, con el triunfo del Socialismo en la Unión Soviética. La definición asumió un carácter geopolítico al agrupar a diferentes países, ubicados o no geográficamente en la región occidental europea, pero con sistemas políticos capitalistas y economías de libre mercado. Este bloque constituyó una alianza con Estados Unidos y sirvió de apoyo en la lucha contra la Unión Soviética. En consecuencia, al vislumbrarse como un escenario militar considerable durante el período de Guerra Fría, el término encerraba una importancia geoestratégica. (Fernández Mollinedo, 2003).

El término adquirió una connotación ideológica que sirvió de soporte a la Guerra Fría al diferenciar los bloques antagónicos que coexistieron durante todo ese período. Dentro de la categoría de europeos occidentales se insertaron países que, aunque geográficamente tienen una ubicación en el centro o sur de Europa, por su posición política ante el conflicto bipolar adquirieron esa denominación. Podemos mencionar los casos de España, Portugal e Italia (sur de Europa), la República Federal Alemana (RFA) y Austria (centro de Europa), Finlandia, Noruega y Dinamarca (norte de Europa), todos ellos considerados países occidentales.

En medio de ese contexto surgieron proyectos más definidos que estimularon la unidad continental. El concepto de Europa Occidental también giró alrededor del proceso integracionista europeo que se caracterizó por dos tendencias fundamentales: la federalista, que promovía una relación de complementariedad entre los distintos poderes regionales y nacionales; y la funcionarista, que insistía en delegar una mayor cuota de soberanía al ámbito comunitario.

Altiero Spinelli¹⁶ y Jean Monnet¹⁷ fueron sus principales inspiradores, y aunque tenían visiones diferentes respecto a cómo debía funcionar cada proyecto, coincidían en la necesidad de crear un poder europeo supranacional que tuviera mayor fuerza y capacidad para enfrentar los desafíos que Europa debía asumir en diversos ámbitos. Las primeras iniciativas que adquirieron carácter institucional no respondieron realmente a sus propuestas, fueron el resultado del contexto político impuesto por la Guerra Fría.

Las circunstancias impuestas por la Segunda Guerra Mundial favorecieron la posición de Estados Unidos como garante de la paz europea y, al mismo tiempo, crearon un vínculo asimétrico en el que la potencia norteamericana ha sido considerada “la primera entre iguales”. Esta relación ha marcado siempre el camino de la integración y también la polémica al interior de Europa sobre múltiples aspectos de la unidad continental, lo que de una manera u otra ha impactado las relaciones transatlánticas.

La creación de la Organización Europea de Cooperación Económica, de 1947, estuvo directamente vinculada con la iniciativa estadounidense que impulsó el Plan Marshall¹⁸. La Unión Europea Occidental¹⁹, nacida en 1948, con el objetivo de establecer una defensa europea independiente, también quedó limitada al estrecho margen de la OTAN.

Los esfuerzos de Europa por lograr una articulación en materia militar se vieron obstaculizados por viejas contradicciones que aún permanecían latentes en el

¹⁶ Altiero Spinelli (1907-1986) Político italiano, defensor a ultranza del federalismo europeo, y uno de los padres de la Unión Europea. Miembro del Parlamento europeo.

¹⁷ Jean Monnet. (1888 - 1979) Político, diplomático y economista francés que desempeñó un papel activo en la creación de la Comunidad Económica Europea.

¹⁸Plan Marshall (denominado oficialmente European Recovery Program o ERP) fue el principal plan de los

Estados Unidos para la reconstrucción de los países europeos después de la II Guerra Mundial, también destinado a contener el avance del comunismo.

¹⁹Formaban parte de la UEO: Francia, Gran Bretaña, Holanda, Bélgica y Luxemburgo. En 1954 se incorporaron la RFA e Italia y en 1990, España y Portugal.

complejo sistema de relaciones internacionales del continente, así como por los nuevos retos impuestos debido al carácter bipolar de ese sistema. Por ejemplo, Francia que había estimulado la creación de una Comunidad de Defensa Europea (CDE) terminó entorpeciendo el proyecto cuando la propia Asamblea Nacional Francesa se negó a ratificar el Tratado de París, en mayo de 1952. Asimismo, Gran Bretaña también se opuso porque prefirió continuar vinculada sólo a Estados Unidos en el seno de la OTAN.

Desde los inicios de la Guerra Fría comenzaron a aflorar los viejos fantasmas de la historia. La conflictiva relación entre Francia y Alemania pesó mucho en la decisión gala de frenar la reinsertión de Alemania en el proceso de integración y en su posible rearme militar. En consecuencia, se buscó una alternativa que permitiera un acercamiento a través de la economía. En ese contexto nació la propuesta de Schumann, el 9 de mayo de 1950, que tuvo como objetivo unir los recursos del carbón y del acero de Francia y la República Federal Alemana en una organización abierta al resto de Europa (Declaración Schumann) (Blair, 2010).

Fue así que Monnet pudo avanzar en su proyecto y el 18 de abril de 1951 nació el Tratado constitutivo de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA). Otros estados como Italia y los Países del BENELUX se insertaron en la comunidad. La opción económica parecía ser el camino a través del cual podía abrirse paso la integración política y militar.

Tal novedad provocó un distanciamiento del concepto de Europa Occidental, como se definió en el discurso político internacional de la etapa inmediata posterior a la Segunda Guerra Mundial. El término comenzó a ser asociado, desde entonces, con el progreso hacia una meta común, vinculado con el proceso de integración económica que se estaba gestando en el continente.

En la búsqueda de una identidad europea, la conferencia de Messina, en junio de 1955, jugó un papel importante porque contribuyó a impulsar el surgimiento de la Comunidad Económica Europea. En la misma se propuso la creación de un mercado común para la integración económica (CEE) y la creación de una comunidad para el desarrollo pacífico de la energía nuclear (EURATOM), que junto con la CECA, articularan las bases fundamentales del proyecto unitario.

Esta fue la génesis de la Comunidad Económica Europea (CEE) cuyo tratado constitutivo fue firmado en Roma el 25 de marzo de 1957, donde nació también la Comunidad Europea de la Energía Atómica (EURATOM). De esa manera, las intenciones políticas del proyecto avanzaron mediante mecanismos económicos que no fueron compartidos por todos los Estados europeos, sobre todo aquellos dedicados al libre comercio de productos industriales.

Desde entonces, han sido muchos los obstáculos que ha tenido que vencer el proceso de integración, entre ellos la oposición del Reino Unido. La economía fue el principal motivo de preocupación. La competencia generada por las nuevas estructuras económicas podía lacerar el comercio británico. La actitud reticente de Gran Bretaña a formar parte del proyecto europeo tenía también razones políticas. Los británicos temían perder su soberanía nacional y les preocupaba también el protagonismo de Francia. La actitud hacia la integración fue muy ambigua, hubo momentos de acercamiento, otros de distanciamiento y fuertes críticas a ese proceso. En consecuencia, asumieron una actitud más atlantista que europeísta.

Ante estas razones Francia se convirtió en la gran oponente de la entrada del Reino Unido a la Comunidad Económica Europea. Aunque reconoció la necesidad del apoyo británico en la contención de Alemania, prevaleció una percepción negativa sobre su incorporación al proyecto unitario. El ascenso de De Gaulle a la presidencia reforzó esa percepción y Francia mantuvo su oposición al ingreso del Reino Unido.

Los franceses y alemanes mostraron disgusto hacia la posición británica. Rechazaron la entrada de ese país al mercado común, a la vez que mostraban preocupación por diseñar el futuro de Europa sin el Reino Unido.

Estados Unidos, por su parte, comprendió que ganaría más apoyando el proceso integracionista que obstaculizándolo. Tanto Eisenhower como su Secretario de Estado, John Foster Dulles, mostraron una actitud favorable al mismo. No obstante, dejaron claro que los intereses de la unidad europea debían sintonizar con los objetivos de la relación transatlántica (Estados Unidos-Europa Occidental), porque ambos eran un complemento en las concepciones estratégicas de la Guerra Fría.

La debilidad económica y política que presentaban las principales potencias europeas preocupó mucho a Estados Unidos. Francia enfrentaba una crisis financiera y colonial que le impedía asumir una posición más activa ante la influencia soviética en la región. Estados Unidos esperaba que la integración contribuyera a resolver esas dificultades. Washington miraba a Francia como un país esencial en ese proceso, más que un estado periférico como lo percibía el Reino Unido, por lo que Estados Unidos asumió una actitud más paciente hacia París.

Para Estados Unidos, Alemania sería el motor más importante de la unidad europea; por tanto, el proyecto de integración ha sido el fruto no sólo del consenso por lograr la unidad del continente, sino también de visiones encontradas que terminaron por impulsar esos fines. Alemania comenzó a jugar un papel central en la evolución de la integración, a la vez que Francia continuó apoyando la unión y el reino Unido alternando su posición de acuerdo a sus intereses. Todo esto permitió que Estados Unidos ejerciera una mayor influencia en el proceso, apoyando o frenando algunas iniciativas, de acuerdo a los objetivos de mantener la relación transatlántica como prioridad ante el proyecto integracionista europeo.

En la crisis del Canal de Suez los europeos quedaron sin el apoyo estadounidense, lo que terminó por demostrar la necesidad de impulsar la integración para recuperar la influencia política de las naciones europeas. Con esa intención, los dirigentes de Francia y Alemania firmaron el Tratado de Elíseo. (Koopmann)

La declaración creó un clima favorable de cooperación entre ambos países, que contribuyó a sentar las bases del papel motriz que jugarían estos estados en el impulso de la integración europea, razón por la cual son considerados el “núcleo duro” de este proceso. No obstante, debe quedar claro que diferían en la forma que concebían la futura organización política continental pues Francia defendía el principio intergubernamental mientras Alemania abogaba por el enfoque supranacional.

No fue hasta 1973 que los británicos formaron parte de ese bloque regional junto con Dinamarca e Irlanda, fecha en que quedó conformada la “Europa de los 9”, y años más tarde, con el ingreso de Grecia en 1981, y de España y Portugal en 1986, se convertiría en la “Europa

de los 12”. La ampliación profundizó los conflictos internos relacionados con el presupuesto comunitario, lo que condujo a la llamada “crisis del cheque británico”, en la que la Primera Ministra Margaret Thatcher reclamó la devolución del dinero que ese país aportaba a la comunidad.

En 1984 se creó un mecanismo financiero de compensación exclusivo para el Reino Unido, porque para la “Dama de Hierro” la inserción del país a la comunidad debía suponer más beneficios que costos. Los británicos entendían el rol político que jugaba la CEE en la contención de la URSS, así como las ventajas económicas en el acceso al mercado comunitario. El gobierno británico consideraba que debían quedar claros los límites de la influencia de la comunidad sobre los Estados miembros lo que generó conflictos con sus socios europeos. Margaret Thatcher se negó a adoptar el Acuerdo Schengen, firmado el 14 de junio de 1985, que flexibilizaba los controles fronterizos permitiendo una mayor movilidad de personas en la zona comunitaria (Perera, 1996).

El contexto político se enrareció aún más a finales de la década de 1980 con los cambios que tuvieron lugar en Europa del Este, la caída del muro de Berlín y la desintegración de la URSS. Esta fragmentación y el desorden territorial que imperó durante esos años afectaron la lógica del proceso de unión continental. Europa debía asumir nuevas metas, entre ellas la entrada de los nuevos países del Este. Ello levantó una fuerte polémica sobre la incorporación de estos Estados debido a los desniveles socioeconómicos y sus graves problemas estructurales. No obstante, aunque Estados Unidos presionó a Europa para acelerar la inserción de estos, no fue posible hasta muchos años después de creada la Unión Europea.

En 1992 se firmó el Tratado de Maastricht que modificó los tratados fundacionales de las comunidades europeas fusionándolos y superando el carácter económico del proyecto que ahora adquiriría también un matiz político, jurídico y social. Esto permitió que en 1995 se integraran Suecia, Finlandia y Austria en la “Europa de los 15”.

El concepto de Europa –con el prisma de su porción Occidental– se reestructuró de forma tal que pudo aplicarse, también, a aquellos países ex socialistas que in-

rodujeron en sus sistemas la economía de libre mercado, y quisieron integrarse a la Comunidad Europea. El proceso entró en una nueva fase, abierta a todos los países del continente, del centro, sur y este de Europa. Ello implicó un nivel más complejo de conceptualización, que adquirió mayor connotación con la ampliación de la Unión.

A la luz de esa nueva realidad, la construcción teórica de lo que un día fue la “Europa Occidental” se desvaneció. Surgió un concepto más amplio y abarcador que tuvo sus raíces en el proceso iniciado con la creación de la Europa de los seis, en 1957, que alcanzó su máxima expresión en Maastricht, con el avance de la unión económica y monetaria y el nacimiento de la Unión Europea.

Uno de los objetivos de la Unión Europea, dentro del nuevo contexto de cambios en el Este, fue romper con la “cortina de hierro” invisible que durante muchos años dividió a Europa en dos. A pesar de esa intención, todavía sobrevive la mentalidad de aquellos tiempos, y la insistencia en establecer distinciones que reflejan intereses políticos particulares. Esa ambigüedad fue corroborada por el entonces Secretario de Defensa norteamericano, Donald Rumsfeld, durante la conmemoración franco-alemana del 40 aniversario del Tratado de Elíseo:

Yo no veo a Europa como Alemania y Francia. Si uno mira a Europa entera su centro de gravedad ha pasado al este. Alemania fue un problema, Francia también. Pero un gran número de países en Europa no está con Francia y Alemania, pero sí con Estados Unidos. (Rumsfeld, 2003, p. 5)

Entonces, el concepto de Unión Europea adquirió un carácter funcional para designar no sólo el proceso de integración del continente, sino también las nuevas realidades y el nuevo contexto impuesto por los traumáticos acontecimientos que tuvieron lugar a finales de la década de 1980 en Europa del Este. Al mismo tiempo, la definición permitió flexibilizar la noción del proyecto de integración al abrir esa posibilidad al resto del continente y extender la idea paneuropea, suscitando no pocas contradicciones.

Francia encabezó el movimiento en contra de la ampliación pues la consideraba un freno para la profundización de la integración. Los países solicitantes mante-

nían grandes disparidades socioeconómicas e históricas. Reino Unido, sin embargo, mantuvo una posición en favor de la ampliación, en consonancia con Estados Unidos, pues la entrada de esos países garantizaría perspectivas más atlantistas dentro de ese bloque regional. En 1995 entraron a formar parte de la UE Suecia, Finlandia y Austria; y presentaron solicitud formal de adhesión Hungría, Polonia, Rumanía y Eslovaquia. Un año más tarde la República Checa pidió su ingreso oficial.

Con la progresión del concepto euro occidental y su transformación en otro más funcional como el de Unión Europea, en 1992, también cambió el término de Relación Transatlántica (relación Estados Unidos- Unión Europea, después de 1992). El mismo asumió un carácter más global, al incluir también a aquellos países del Este que entraron a formar parte, no sólo de la unión continental, sino de la OTAN, mecanismo fundamental y articulador de los vínculos a ambos lados del Atlántico.

Importantes especialistas europeos como Tuomas Forsberg, destacado profesor de la Universidad de Helsinki, Finlandia, en sus estudios sobre Europa y la relación con Estados Unidos definió dentro del continente cinco bloques bien estructurados: la Europa Atlántica (Gran Bretaña, Dinamarca, Portugal), el núcleo central europeo (Alemania y Francia), la Nueva Europa (los países del Este), la Europa no Alineada (Finlandia, Suecia, Austria e Irlanda), y la Europa periférica (aquellos Estados que no son miembros de la OTAN o de la Unión Europea) . (Forsberg, 2006)

Así ha evolucionado la idea de Europa, en estrecha relación con el desarrollo de un concepto (Europa Occidental) que intentó reflejar algo más que una realidad geográfica. A partir de 1945 pretendió dar coherencia a los imperativos políticos de un complejo contexto internacional marcado por la Guerra Fría. En 1992, una vez más, la definición trató de adaptarse a los traumáticos cambios que ocurrieron en el continente. Nació un concepto más amplio que sintetizó, no sólo una etapa más avanzada en el ideal unitario europeo sino también un nuevo período en las Relaciones Internacionales, asumido por la mayoría de los especialistas como la “Posguerra Fría”.

CONCLUSIONES

La idea de Europa ha acompañado la propia historia continental, con independencia de la época, ha sido un proceso de reelaboración permanente que ha transitado por momentos de consenso, pero también de conflictos. Ambos escenarios han contribuido a la construcción de una idea que partió de un mito y se ha convertido en una realidad comunitaria.

El proyecto de un continente integrado será una tarea infinita, una misión abierta, y parte de una realidad que nunca culminará de gestarse. Hablar de Europa hasta inicios del siglo XX no puede hacerse solo desde la economía, el carbón o el acero, debe desentrañarse, además, la compleja dialéctica entre lo cultural, lo político y lo espiritual; porque sobre este ideal múltiple se ha construido la Europa política, y una identidad en perenne edificación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allard, J.G. (2003, enero 30). Rumsfeld y la celebración del Tratado franco-alemán: Como un elefante en una cristalería. *Granma Internacional*, pág. 5.
- Barona, J. L. (2010). Andrés Laguna y el origen de la idea de Europa. *Mètode* (67), 24.
- Belloc, H. (1946). *Las grandes herejías*. Buenos Aires: La espiga de oro.
- Bernabé Pajares, A. (. (1988). *La Batracomiomaquia*. Madrid: Editorial Gredos.
- Blair, A. (2010). *European Union since 1945*. Great Britain: Pearson Education Limited.
- Campanella, T. (1623). *La ciudad del Sol*. Frankfurt: Civitas Solis.
- Coudenhove-Kalergi, R. (2001). *Pan- Europa*. Madrid: Pan Europa Vergald GmbH, Ausburg y Ediciones Encuentro.
- Dubois, P. (1891). *De recuperatione Terrae Sanctae*. A Picard.
- Dussel, E. (2005). Europa, modernidad y eurocentrismo. En E. Lander, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas* (pág. 41). Buenos Aires: CLACSO.
- Estrabón. (1991). *Geografía 2*. Madrid:(s/n)
- Fernández Mollinedo, L. (2003). Evolución de las relaciones Estados Unidos-Europa Occidental (1945-1999): principales retos en los umbrales del siglo XXI. (*Tesis de Maestría*). Facultad de Filosofía e Historia. Universidad de La Habana, La Habana
- Forsberg, T. Y. (2006). *Divided West. European Security and the Transatlantic Relationship*. The Royal Institute of International Affairs. Chatam House.
- Gambaro, F. (2014, abril 4). *Le Goff, el visionario de la Edad Media*. Recuperado de: http://www.revistaen.clarin.com/ideas/Goff-visionario-Edad-Media_0_1114688540.html
- González, D. R. (2004). El mito del rapto de Europa como punto de partida para la creación de una identidad. *Ámbitos. Revista de Estudios de Ciencias Sociales y Humanidades* (12), 13-18.
- Hazard, P. (1985). *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*. Madrid: Alianza Universidad.
- Heródoto. (2002). *Historia IV*. Madrid:(s/n)
- Isidoro, S. (1599). *Las Etimologías*. Madrid: J. D. Grial, Editorial
- Kennedy, P. (1994). *Auge y caída de las grandes potencias*. Barcelona: Janes editores.
- Koopmann, M. (s.f.). *canal coruña*. Recuperado de [canalcoruña.com](http://www.canalcoruña.com): <http://www.canalcoruña.com/muestra-not-asp?not=193>
- Maximilian de Béthune, d. d. (1770). *Memoirs of Maximilian de Bethune, Duke of Sully, Prime Minister of Henry the Great*. Donaldson.
- Michelle L'Aurora, E. (1796). *All'Italia nelletenebre l'aurora porta la luce*. Francesco Pogliani & Co.
- Moradiellos, E. (2010). Europa: un vocablo con mucha historia, espacial y cultural. *Memorias de Clío*(11-12), 93-100.
- Moreno Juste, A. (1999). La idea de Europa: balance de un siglo. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 161-179.

- Pereira, M. E. (1997). Les fondements classiques de l'idée européenne. *Humanitas*, XLIX, 25-39.
- Perera, E. y. (1996). *El acuerdo de Schengen. Una aproximación crítica*. La Habana: Centro de Estudios Europeos.
- Ribeiro Dos Santos, L. (s.f.). Eurocentrismo crítico y cosmopolitismo en el pensamiento antropológico y político. *Ideas. Revista de Filosofía Moderna y Contemporánea*, 112.
- Saint-Simon, H. (1814). *De la réorganisation de la société européenne ou de la nécessité et des moyens*. París: Delaunay Librairie, Palais Royal.
- Serrano, A. E. (2001). Sobre la idea de Europa: primeras divergencias. *Revista Científica UNED* (3), 247.
- Steiner, G. (2006). *La idea de Europa*. México, D.F: Ediciones Siruela. Fondo de Cultura Económica.
- Valverde, J. L. (1994). *Europa: una idea en marcha*. Ediciones del Parlamento Europeo.
- Vives, J. V. (1961). *Mil lecciones de Historia II*. Barcelona: Ediciones Barcelona.
- Voltaire. (1921). *Historia del imperio de Rusia bajo Pedro el Grande*. Calpe.

